

"De cómo sigue doliendo"

Por Patricia Verdugo

Si usted, general Pinochet, lo supiera...

Creo que es incapaz de siquiera imaginarse, en su mansión-cárcel de Londres, lo que me sucedió hoy cuando leí el periódico. Con el título "Chileno sospechoso de crímenes de guerra", la noticia daba cuenta del caso de un agente secreto llamado Fernando Arduengo.

El corazón se me aceleró dentro del pecho. Ahí estaba de nuevo. En 28 líneas se informaba del chileno que lleva diez años de batalla legal en Canadá. Una batalla para impedir su deportación a Chile, donde varios jueces deberían interrogarlo por su "trabajo" como torturador de disidentes políticos. Incluso la Corte Suprema de Canadá confirmó en 1996 la deportación de Arduengo y su mujer, una ex agente llamada Nieves San Martín.

Pero la pareja usó un nuevo recurso para quedarse: la protección de los derechos de sus hijos, de nacionalidad canadiense. Y el caso sigue pendiente.

Si usted, general Pinochet, supiera...

Desde que leí la noticia, siento la garganta apretada, quizás sujetando un sollozo que llevo escondido en el pecho hace casi 23 años. Arduengo formó parte del comando operativo que asesinó a mi padre en el invierno de 1976.

Vive en Toronto y hasta allí llegué yo, hace algunos años, clamando por su deportación para que respondiera por el crimen de mi padre en Chile. No lo conseguí y aquí la justicia militar cerró el caso aplicando la ley de amnistía.

Su ley de amnistía, general Pinochet, la que usted inventó para cubrir con un manto de impunidad todos los crímenes cometidos en su nombre. La que usted firmó -supongo-creyendo que borraba todo lo obrado en sus campos de concentración, en sus cárceles secretas, en sus cámaras de tortura. Pero olvidó que no podía borrar el dolor de las hijas como yo.

¿Sabe usted lo que sucede 23 años después? Los ojos de mi memoria siguen recorriendo el perfil manso de mi padre. Y lo veo saliendo de casa, escoltado por los agentes. Lo imagino entrando al edificio de calle Dieciocho 229, en pleno centro de Santiago, presintiendo el fin. Había una fuente en el patio central y seguramente allí le practicaron la tortura del "submarino" hasta matarlo. Esa misma noche, Arduengo debió manejar la camioneta verde del "reparto" de cadáveres. Al de mi padre le asignaron como tumba el cauce del río Mapocho. Así fue como sus agentes, general Pinochet, cumplieron la orden de deshacerse de un dirigente sindical que no caminaba al ritmo de la dictadura. Porque el único "delito" del ingeniero Sergio Verdugo, militante del Partido Demócrata Cristiano, fue intentar la defensa de los derechos de los trabajadores a los que representaba.

Casi 23 años después, general Pinochet, usted ocupa todos los titulares de primera. Los periódicos anuncian que ya comenzó la cuenta regresiva. Cada hora avanza -casi a ritmo cardíaco- hacia las diez de la mañana del miércoles 24 de marzo, hora chilena en que conoceremos el fallo de los lores en Londres. Aquí, en su Patria, todos quieren que el fallo le sea adverso y usted se quede en Inglaterra enfrentando un juicio por extradición. Salvo, claro, su familia y unos pocos amigos.

Las apariencias engañan, como usted habrá oído. Es verdad que la derecha y las Fuerzas Armadas declaran en su favor, así como el Gobierno -otrora su "enemigo"- gasta nuestros impuestos en su defensa. Pero todos tienen un problema en común: su soberbia, general Pinochet. La misma soberbia que le jugó tan mala pasada, subestimando a la justicia española e inglesa. La misma soberbia que hace impensable que usted haga lo que debe hacer: pedir perdón a las víctimas, decir a las Fuerzas Armadas que lo obrado fue injusto e inhumano, autoimponerse como castigo la prisión de su hogar hasta su muerte.

Todos suponen, conociéndolo, que querrá volver como héroe de batalla, que exigirá honores y más medallas, que seguirá creyendo que el título que se autoasignó -senador vitalicio- le da poder para dictar cátedra acerca de cómo se construye una democracia sobre tanta sangre derramada.

Y como esa soberbia no resistiría ningún tipo de juicio en Chile, un juicio en serio, su retorno es una amenaza a la estabilidad interna. Y eso nadie lo quiere.

Lo que es yo, como todas las familias de las víctimas, agradecemos cada día de los cinco meses que ha estado arrestado en Londres. Y esperamos que sean muchos más, en nombre de la causa universal de los derechos humanos.